

vos de que dispone actualmente la ISAF. El punto a partir del cual un deterioro mayor de las condiciones de seguridad haría que la situación fuese prácticamente irresoluble, al menos en los términos deseados, no parece hallarse muy lejos. Reclama también una efectiva colaboración de las autoridades pakistaníes que por el momento, para desengaño de cualquiera, no se ha producido. Exige asimismo que la operación Libertad Duradera se conduzca con criterios de más proporcionalidad y mayor precisión, a fin de evitar tanto daño innecesario a la población y la pérdida de la legitimación social que trabajosamente habían logrado los contingentes militares multinacionales de la ISAF. Ni el emergente ejército afgano ni tampoco su policía están aún en condiciones de hacerse cargo de la seguridad en el país y no lo van a estar a corto plazo.

Pero, claro está, no basta con más soldados ni más colaboración en materia de seguridad. Unos y otra son imprescindibles para hacer posible la reconstrucción y la institucionalización nacional de Afganistán, más aún si los talibanes están empeñados en impedirlos violentamente y no parece realista que, a la vista de sus ligámenes con el movimiento de la *yihad* global que lidera Al Qaeda, vayan a modificar su actual estrategia insurgente para aceptar arreglos pactados. Sin embargo, reconstrucción e institucionalización requieren una cooperación internacional mucho más decidida y cuantiosa en sus aportaciones financieras, lo cual advierte a los gobernantes preocupados de que deben concienciar a sus respectivas opiniones públicas sobre lo que está en juego. Requiere por tanto una contundente implicación civil, sin la que los efectos a medio y largo plazo de las misiones militares serán distintos a los previstos.

Si no mejoran las condiciones y oportunidades de vida de los hombres y mujeres de Afganistán, si los avances en el desarrollo social y económico de su país no se hacen más perceptibles, si no se construyen instituciones estatales suficientemente sólidas y valoradas, los esfuerzos colectivos en materia de seguridad serán en vano. Acabaremos por perder definitivamente los corazones y las mentes de la población en favor de los islamistas radicales, de los talibanes. Y eso podría afectar con gravedad a otros países del sur de Asia o de Oriente Próximo, además de que terminaríamos por constatarlo en los parámetros de nuestra propia seguridad europea y occidental. Baste mencionar que el plan para hacer estallar en vuelo más de 10 aeronaves comerciales en ruta desde aeropuertos británicos hacia ciudades estadounidenses, frustrado por la policía en agosto de 2006, fue dirigido por Abu Ubaydah al Masri, comandante de Al Qaeda en la provincia afgana de Kunar.

## Integración y desintegración, Bélgica en la encrucijada

Ignacio Molina A. de Cienfuegos

---

**La pequeña y compleja Bélgica es una muestra a escala de las incertidumbres de la gran Europa. Sin una auténtica historia nacional compartida, sin lengua común y sin gobierno desde las elecciones de junio, 10 millones de ciudadanos se cuestionan la viabilidad de su Estado.**

---

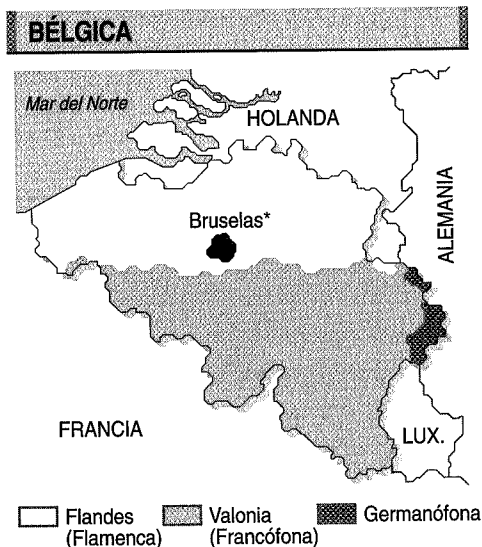
**E**l 10 de junio de 2007 los belgas acudieron a las urnas para elegir su Parlamento federal. Los resultados, como es norma invariable en un sistema extremadamente pluripartidista en el que la formación más votada ni siquiera alcanza el 20 por cien de los escaños, supusieron el arranque de una difícil negociación para intentar conformar un nuevo gobierno de coalición. Durante cinco meses de incertidumbre los ciudadanos y políticos belgas, y en buena medida del resto de Europa, han asumido que lo que se ha estado discutiendo no era sólo un arduo acuerdo de investidura sino la viabilidad misma de ese Estado.

Considerando que Bélgica es un país próspero –con casi 40.000 dólares de PIB per cápita, que le sitúan por delante de Francia, Alemania y Japón– y teniendo en cuenta el carácter diplomático de su capital –que acoge la sede principal de la Unión Europea, de la OTAN y de otro centenar de instituciones internacionales– esta crisis ha adquirido una destacada relevancia para los analistas políticos del mundo occidental.

Bélgica es un pequeño reino de apenas 30.000 kilómetros cuadrados en el que viven algo más de 10 millones de personas. Ese contraste entre población y reducidas dimensiones –similares a las de, por ejemplo, Galicia– le convierte en uno de los Estados más densos de la UE. Y, aunque acomodar a sus más de 300 habitantes por kilómetro cuadrado puede resultar complejo, la auténtica dificultad para la convivencia belga reside en la pluralidad lingüística que la divide casi en dos: el 60 por cien de sus habitantes, en la región septentrional de Flandes, habla neerlandés, mientras el restante 40 por

---

**Ignacio Molina A. de Cienfuegos** es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid y coordinador del Área Europa del Observatorio de Política Exterior (OPEX) de la Fundación Alternativas.



(\*) Bruselas es la capital del Estado y de Flandes, y pertenece a la vez a la comunidad flamenca y a la francófona.

La estructura política belga se organiza desde 1993 en torno a una doble división territorial y cultural que se superpone parcialmente. Hay así, por el lado territorial, tres regiones: Flandes, Valonia y la bilingüe Bruselas-Capital. Por el lado de la división cultural o lingüística, se distinguen también tres comunidades: la flamenca —que contiene a todos los flamencos y los pocos bruselenses de habla neerlandesa—, la francesa —con los francófonos de Valonia y Bruselas— y la germanófona —para los 75.000 belgas que se expresan en alemán y viven en el extremo oriental de Valonia—. La región y la comunidad flamencas tienen fundidas sus instituciones de autogobierno, por lo que el Estado belga se compone hoy de cinco unidades federadas aparte del nivel federal, vaciado de muchas funciones, aunque aún responsable de la diplomacia, la seguridad y, en gran medida, los impuestos y el bienestar social.

neo: por un lado, el acendrado catolicismo que separaba Flandes de los Países Bajos calvinistas y, por otro, la oposición de las potencias que habían derrotado a Napoleón a que su parte francófona pudiera integrarse en Francia.

Sin una auténtica historia nacional previa ni una lengua común, la consolidación de la monarquía parlamentaria belga, en su primer siglo de existencia, no fue tanto el resultado de un proceso interior de creación y difusión entre las masas de un Estado nacional —o, en su defecto, un estado plurinacional exitoso al estilo de Suiza, donde también cohabitan lenguas romances y germánicas— sino el resultado del afán diplomático por ayudar a mantener el equilibrio continental entre París y Berlín a través de un Estado “tapón” neutral. Además, debido al afrancesamiento de la corte de Leopoldo I y II, del ejército, de la administración o de las élites sociales, fue imposible socializar en el proyecto común a gran parte de la población flamenca e incluso a muchos valones que usaban únicamente su dialecto.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX surge un movimiento nacionalista en Flandes auspiciado por la pequeña burguesía, y el idioma neerlandés ad-

cién, al sur, en Valonia y Bruselas, tiene por idioma el francés.

El país está en la encrucijada que, desde la remota época en que se forjó el *limes* de la Roma imperial, separa en Europa occidental el área cultural latina de la germánica. Y aquí esa frontera tiene tal profundidad que, pese a no existir accidente geográfico alguno entre ambas zonas, es difícil hablar de una identidad nacional belga capaz de contrarrestar las tensiones centrífugas inherentes a su diversidad lingüística. Además, aunque florecientemente unida en lo comercial y cultural desde finales de la Edad Media, Bélgica es una realidad política relativamente joven. El país nació en 1830, después de tres siglos de dominación extranjera —española, austriaca, francesa y holandesa— sobre dos factores poco sólidos desde el punto de vista sociológico contemporá-

quiere de hecho carácter cooficial. Sin embargo, la hegemonía del Parti Catholique —que dominó todos los gobiernos hasta 1914—, el internacionalismo auspiciado entonces por la clase obrera y, sobre todo, la identificación del enemigo exterior (Alemania invadió Bélgica en las dos guerras mundiales) permitieron aplazar el problema lingüístico y territorial hasta la década de los cincuenta del siglo XX. A partir de ese momento, cuando deja de existir la presión exterior por mantener el equilibrio geopolítico de esa parte de Europa occidental, cuando el proceso de secularización limita la capacidad de la religión católica para integrar la sociedad y cuando la crisis industrial valona muestra el poderío económico de unos flamencos hasta entonces apartados del gobierno, el cisma se hace explícito y no deja de aumentar.

Originariamente unitario y centralizado, Bélgica abordó cuatro reformas consecutivas de la Constitución (1970, 1980, 1988 y 1993) que han desembocado en una monarquía federal profundamente descentralizada y una realidad cotidiana muy segregada. La organización del poder y la sociedad belgas le acercan de facto al modelo territorial de la confederación —prácticamente inexistente en la política comparada moderna o sólo ligado a proyectos estatales efímeros e inestables— donde la entidad central apenas tiene competencias salvo en defensa, asuntos exteriores o algunos aspectos clave de la economía.

### Conflicto y consenso en la política belga

Pese a todo lo anterior, lo cierto es que durante muchas décadas los belgas han ido elaborando y perfeccionando una forma política aparentemente idónea para dirigir su complejidad. En Bélgica, como ocurre también en Holanda o Suiza, los principios de mayoría, uniformidad nacional y mandato gubernamental claro —que normalmente son objetivos valorados en las democracias occidentales— quedan desplazados por ideas casi contrarias, tales como la búsqueda de la máxima proporcionalidad en la representación de las diferentes minorías sociales, la autonomía de éstas para organizar sus asuntos específicos y la formación sistemática de amplias coaliciones intergrupales de gobierno en las que sus componentes disfrutaban de garantías y vetos mutuos en la toma de decisiones.

El modelo de consenso ampliado —o *consociacional*, tal como lo bautizó Arend Lijphart para la ciencia política en contraposición al tipo ideal mayoritario— es probablemente el único posible para asegurar la convivencia y la supervivencia de una comunidad política tan fragmentada. De hecho, ese modelo de repartir y compartir el poder entre comunidades etnoterritoriales, que coexisten con dificultades bajo las mismas fronteras, es el que recientemente se ha pretendido difundir en Suráfrica, Bosnia-Herzegovina o Irlanda del Norte como antídoto a sus violentos conflictos seculares.

Por supuesto en Bélgica, además de la tan comentada diversidad lingüística y territorial, se mantienen los demás elementos de pluralidad ideológica

**CÁMARA DE REPRESENTANTES DE BÉLGICA (150 ESCAÑOS)  
RESULTADOS EN LAS ELECCIONES DE 10 DE JUNIO DE 2007**

Partidos o coaliciones flamencos	Votos	%	escaños (2007)	escaños (2003)
CD y V-NVA (democristianos y nacionalistas de derecha)	1.234.950	18,5	30	21 + 1
OPEN VLD (liberales)	789.445	11,8	18	25
VB (extrema derecha nacionalista)	799.844	12,0	17	18
SP.a – Spirit (socialistas y nacionalistas de izquierda)	684.390	10,3	14	23
Lijst Dedecker (escisión nacionalista de los liberales)	268.648	4,0	5	-
GROEN! (ecologistas)	265.828	4,0	4	-
<b>Total partidos o coaliciones flamencos</b>		<b>60,6</b>	<b>88</b>	<b>88</b>
Partidos o coaliciones francófonos	Votos	%	escaños (2007)	escaños (2003)
MR (liberales y reformistas)	835.073	12,5	23	24
PS (socialistas)	724.787	10,9	20	25
CDH (democristianos)	404.077	6,1	10	8
Ecolo (ecologistas)	340.378	5,1	8	4
FN (extrema derecha)	131.385	2,0	1	1
<b>Total partidos o coaliciones francófonos</b>		<b>36,6</b>	<b>62</b>	<b>62</b>

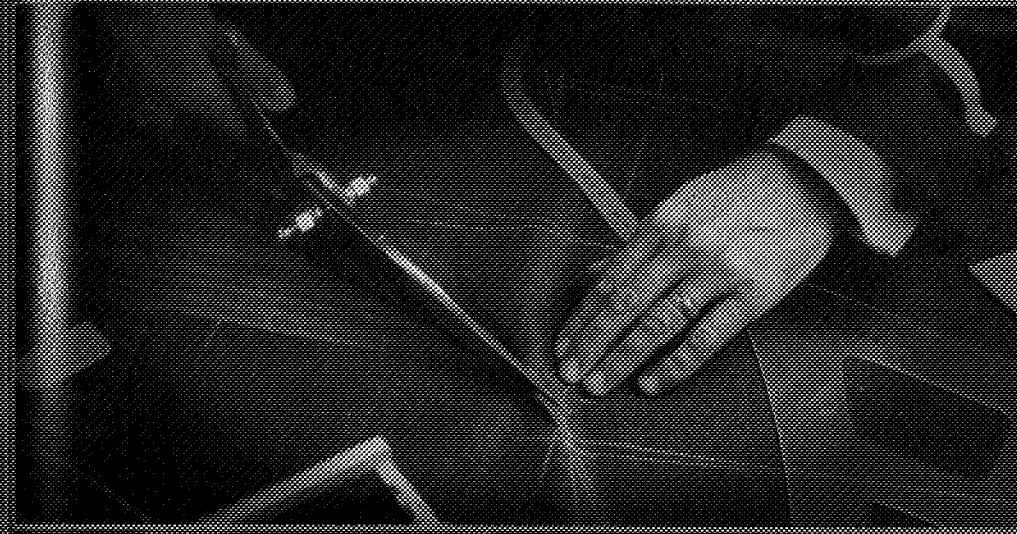
Fuente: Ministerio Federal Belga de Interior (SPF Intérieur).

propios de toda democracia desarrollada. Eso incluye las escisiones sociales congeladas políticamente desde hace más de un siglo –el obvio conflicto económico de clases, luego evolucionado hacia la clásica tensión entre izquierda y derecha, o la cuestión religiosa que enfrentó a partidos laicos con confesionales– y también los nuevos fenómenos ideológicos posmaterialistas. Y así, dado que la complicada ley electoral belga no permite apenas sesgos ni umbrales mayoritarios que alteren la representación más o menos fiel de la diversidad de su población, hasta cinco familias políticas –ecologistas, socialdemócratas, democristianos, liberales y extrema derecha– consiguen con facilidad acceder a las dos cámaras del Parlamento federal y formar grupos, que están a su vez duplicados en las respectivas versiones francesa y neerlandesa de cada ideología y aderezados por la existencia adicional de partidos flamencos específicamente nacionalistas.

Esa extrema complejidad ha encontrado, hasta ahora, a élites partidistas predominantemente dispuestas a la transacción y, desde luego, a la no violencia. El *compromis à la belge* es casi una categoría del arte de abordar una negociación difícil con un desenlace aún más complicado, aunque tal vez por eso digerible, que por supuesto no aborda realmente la base del problema, quizá porque éste sea irresoluble en esencia.

Lo cierto es que hasta ahora el *consociacionismo* belga ha podido sobrevivir, tal vez ayudado por una serie de condiciones como: (a) el pequeño tamaño del país y de la vida bruselense, que tiende a forjar lazos interpersonales en las élites y un ambiente de respeto mínimo a la institución monárquica que sigue representando la unidad nacional, (b) la estabilidad en la pertenencia de los ciudadanos a los distintos grupos culturales e ideológi-

El placer  
de vestir algo único.



*Para El Corte Inglés usted es único.*

*Sabe apreciar el valor de una prenda hecha a medida.*

*Una pieza de artesanía que se dibuja*

*y se corta a mano sobre la tela. Que se adapta*

*a las dimensiones exactas de su cuerpo y refleja fielmente*

*su personalidad y su carácter. Porque*

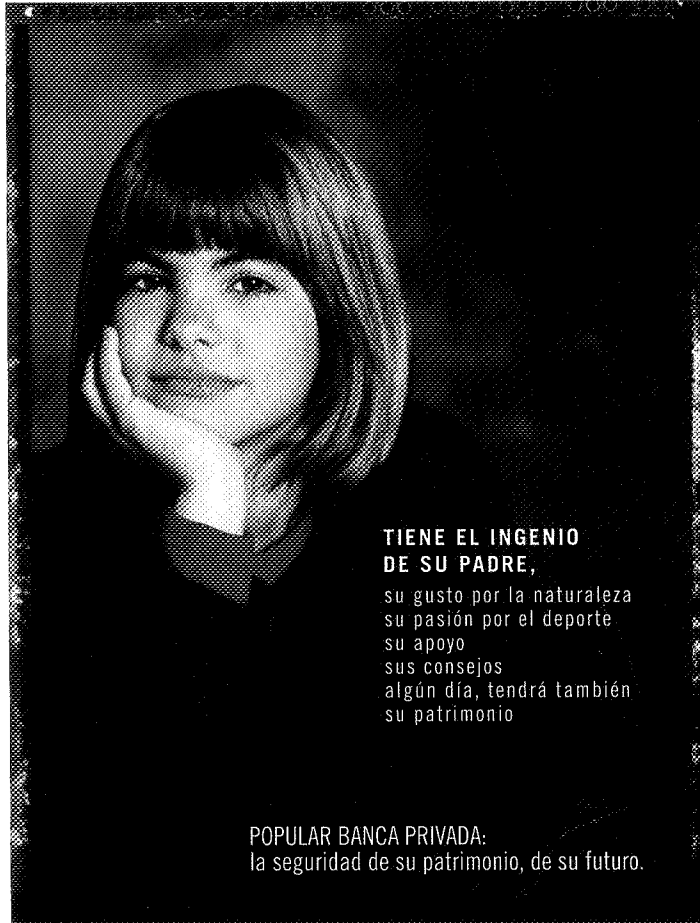
*el verdadero lujo está... en ser uno mismo.*



Patrocinador del Equipo  
Olímpico Español

**El Corte Inglés**  
SASTRERÍA

[www.elcorteingles.es](http://www.elcorteingles.es)



**TIENE EL INGENIO  
DE SU PADRE,**  
su gusto por la naturaleza  
su pasión por el deporte  
su apoyo  
sus consejos  
algún día, tendrá también  
su patrimonio

**POPULAR BANCA PRIVADA:**  
la seguridad de su patrimonio, de su futuro.

En POPULAR BANCA PRIVADA, entendemos que cuando nos encarga la gestión de su patrimonio nos está confiando algo más que una cifra con ceros. Está contando con nosotros para consolidar su futuro y el de los suyos. Por eso lo trataremos como si fuera el nuestro, a través de:

- Un DIAGNÓSTICO certero de sus necesidades.
- Un ENFOQUE INTEGRAL de asesoramiento que garantice, con total INDEPENDENCIA, las mejores SOLUCIONES, el RIGOR y la TRANSPARENCIA.
- Un SEGUIMIENTO permanente.
- Un servicio A SU MEDIDA: en la ATENCIÓN, en la COMUNICACIÓN.

**POPULAR BANCA PRIVADA, la banca privada del GRUPO BANCO POPULAR.**



**POPULAR BANCA PRIVADA**

EL COMPROMISO ES NUESTRO

Tel.: 902 100 500. [www.popularbancaprivada.es](http://www.popularbancaprivada.es)

cos, que ha permitido mantener un importante ascendente de los líderes políticos sobre sus bases, (c) el relativo aislamiento territorial de las dos comunidades una vez fijada en 1963 la frontera lingüística que ha evitado los episodios de conflicto abierto –salvo alguno esporádico, como el que llevó a la escisión en dos de la Universidad de Lovaina–, y (d) el incentivo a la sensatez que supone Bruselas como ciudad cosmopolita ubicada en el corazón mismo del proceso de integración europea.

De hecho, gracias a esos cuatro factores la política belga ha resultado, hasta hoy, incluso previsible. Es verdad que desde la década de los setenta se viene asistiendo a una imparable descentralización regional pero ésta se ha producido, al fin y al cabo, de manera gradual y recetada como remedio casi incuestionable ante cualquier desafío político. La profundización del federalismo –auspiciada sobre todo por los partidos flamencos, que conseguían mayores cotas de autogobierno territorial a cambio de retornos financieros para una Valonia en permanente depresión económica– ha acabado convirtiéndose en un elemento más de la idiosincrasia política belga, sin afectar por tanto a la sorprendente estabilidad y apoyo de unos gobiernos que, en teoría, guardan un delicadísimo equilibrio.

Así, no sólo ha sido duradero el ahora primer ministro interino, el liberal Guy Verhofstadt (1999-2007), sino también sus predecesores democristianos Jean-Luc Dehaene (1992-99) o Wilfried Martens (1979-92). Y aunque los tres son flamencos –a causa de la relativa mayoría demográfica de esta comunidad y, en especial, de la llamativa incapacidad de los francófonos a expresarse en neerlandés–, se trata en todos los casos de políticos también populares, o al menos aceptables, para el conjunto de los belgas. De cualquier modo, y como no puede ser de otra forma en Bélgica, esos gobiernos centrales han sido siempre coaliciones multipartidistas que han integrado tanto a las diversas ideologías moderadas como, sobre todo, a las dos comunidades culturales.

### ¿Por qué es distinta la crisis actual?

El modelo *consociacional*, tan virtuoso para evitar el conflicto entre grupos étnicos o territoriales y para mantener el *statu quo*, resulta sin embargo muy poco efectivo para canalizar la rendición de cuentas y la alternativa de gobierno en casos de escándalo o hastío ciudadanos, y provoca casi por definición un bloqueo institucional si una mayoría comienza a reclamar cambios más radicales. Hasta ahora, las élites federales han mantenido su compromiso con el consenso, el reparto de poder entre las comunidades lingüísticas y la cooperación gubernamental; al coste relativamente asumible del aumento de la extrema derecha, que es fuerte sobre todo en Flandes, donde tiene un componente añadido abiertamente separatista.

Hoy el Vlaams Blok —ilegalizado y rebautizado como Vlaams Belang— lidera tanto la reacción populista contra una administración federal, que en muchos casos no está a la altura de las circunstancias, como los ataques xenófobos que se expresan hacia la abundante población inmigrante. Los políticos belgas simplemente acordaron un cordón sanitario para aislar a principios de los años noventa este voto antisistema, pero la sensación de impotencia del régimen político aumentó durante la década con casos como los del pederasta Marc Dutroux, el asesinato del ministro André Cools, la irregular compra de los helicópteros *Agusta* o la crisis alimentaria de las dioxinas, entre otras muchas muestras de corrupción e incompetencia.

En 1999, coincidiendo con el imparable desgaste del proyecto estatal, y siempre en paralelo al aumento paulatino de los resortes de poder para las regiones, se ensayó lo que quizá constituía la única alternativa para la alteración en el rígido modelo de coalición y consenso. La investidura como primer ministro del hoy saliente Verhofstadt, dejando fuera del gobierno federal a los democristianos por primera vez desde 1958, sirvió para dotar de aire fresco a la política belga. La primera legislatura —con un gobierno “arco iris” de los seis partidos liberales, socialistas y verdes— fue un éxito en lo económico —con presupuestos equilibrados—, en lo diplomático y en la innovación de cuestiones medioambientales, sanitarias o de derechos individuales. El espejismo de que en Bélgica se podía ignorar, o al menos aplazar, la sempiterna disputa entre las comunidades flamenca y francesa, ayudó a que en 2003 se renovase la coalición liberal-socialista presidida por Verhofstadt, aunque en esta ocasión dejaba fuera a los ecologistas.

Sin embargo, el encanto se rompió en esa segunda legislatura que ha acabado este año y que ha vuelto a traer la maldición de los escándalos —sobre todo, del lado valón con asuntos como el ICDI o Carolorégienne, relacionado con corrupción en la concesión de los servicios de recogida de basura—, y nuevos problemas de relación entre las dos comunidades, especialmente en municipios flamencos oficialmente monolingües del área de Bruselas-Halle-Vilvoorde, donde aumentan las familias francófonas que buscan vivienda asequible cerca de la capital.


Los resultados electorales de junio hicieron evidente el fracaso del gobierno “violeta” liberal-socialista, que había pasado en cuatro años de 97 a 70 escaños; es decir, desde el umbral de los dos tercios de la Cámara Baja que permite reformar la Constitución hasta menos de la mayoría. Se imponía además la vuelta al poder de los dos partidos “naranjas” —los democristianos— en principio en coalición con el “azul” de los liberales, al haber sido los socialistas los más castigados. Desde la noche de las elecciones, se presentía que la formación del nuevo gobierno sería larga y que el pleito territorial conseguiría el protagonismo sobre cualquier consideración del tipo izquierda-derecha. Sin embargo, lo ocurrido en estos meses ha ido adquiriendo tonos ca-

da vez más preocupantes y ha permitido analizar con crudeza la encrucijada en la que se haya actualmente Bélgica.

Para empezar, el candidato lógico a recibir del rey Alberto II el encargo de formar gobierno —Yves Leterme, quien había obtenido un magnífico resultado en el Senado y es líder del partido democristiano flamenco, el más fuerte del reino— pretendió demostrar desde el principio que su estilo no iba a ser el de anteriores primeros ministros federales moderados que pretendieron ganarse el favor de los francófonos. Su coalición con un pequeño partido abiertamente separatista, el NVA, su provocadora confusión del himno nacional —*La Brabançonne*— con la Marsellesa francesa y su pretensión de adelgazar aún más las funciones ejercidas por el gobierno federal en el terreno tributario, en la seguridad social o en inmigración, han puesto de manifiesto que los políticos flamencos han decidido subir varios peldaños en la escalada centrífuga e incluso atreverse a afirmar su mayoría demográfica como grupo, lo que resulta poco compatible con la tradición del consenso ampliado y de las coaliciones intergrupales.

Frente a ellos, sus —en teoría— equivalentes francófonos que siguen siendo necesarios para alcanzar los dos tercios requeridos para las reformas institucionales, se descubrieron a sí mismos firmes en el “no” y defendieron la necesidad de un Estado belga plural pero relativamente fuerte, sin que esta vez fuese suficiente para llegar a un acuerdo atender las reivindicaciones valonas de más subsidios financieros. La renuncia temporal de Leterme en agosto a intentar la investidura y la labor política durante septiembre de una larga serie de informadores, mediadores y exploradores enviados por el rey —que ha desembocado en un nuevo encargo real al mismo candidato— han permitido visualizar hasta qué punto se tambalean las condiciones estructurales que han permitido sobrevivir a Bélgica.

Con el regreso de los viejos fantasmas etnoterritoriales irresolubles —temporalmente aplazados desde 1999— hoy es manifiesta la dificultad del modelo *consociacional* para seguir procesando la convivencia democrática y la creciente y alarmante separación de las dos comunidades. Desde que en la década de los setenta se duplicaron los partidos de cada ideología y desaparecieron las formaciones que compiten por el voto en todo el país —a diferencia de lo que, por ejemplo, ocurre en otras federaciones segmentadas como Suiza o Canadá, que sí tienen partidos transversales— han pasado dos generaciones. En ese tiempo no sólo se han debilitado las lealtades de los ciudadanos hacia las viejas familias ideológicas o ha crecido la fosa política entre las dos comunidades, con Flandes además mucho más escorada a la

  
*Los fantasmas territoriales dificultan la convivencia democrática de las dos comunidades*

derecha, sino que en general se ha reducido la densidad de las redes en las que coinciden las élites flamencas y francófonas.

La ausencia de contacto político ha tenido su extensión social, pues se ha perdido la relación que antes se producía en la administración central, en el servicio militar o en las empresas. Hoy los sindicatos, la patronal y hasta las asociaciones de *boy-scouts* cuentan en todos los casos con sus respectivas versiones duplicadas. No hay universidades ni medios de comunicación que puedan considerarse auténticamente belgas y apenas existen matrimonios mixtos. La mayor parte de los ciudadanos son combativa y desconfiadamente monolingües, prefiriendo el inglés para comunicarse con la otra comunidad.

Más allá de la consabida humorada sobre la corona, la selección de fútbol o las 500 cervezas, es difícil identificar el vínculo que sigue uniendo a los belgas. Ni siquiera la UE es garantía de nada, pues en el Viejo Continente han nacido nuevos Estados en los últimos años mientras otros separatismos se mantienen vigorosos en Reino Unido o España. Todo eso es lo que han constatado los belgas en estas últimas semanas. Y aunque en 1988 se tardó casi cinco meses en formar gobierno, entonces vivía el respetado rey Balduino y aún era tabú hablar abiertamente de la extinción del reino.

### Escenarios para la disgregación y la supervivencia

La desaparición de Bélgica fue recreada hace sólo unos meses por la cadena RTBF al estilo dramático de Orson Welles en *La guerra de los mundos*. En el lado francófono, la emisión televisiva conmovió mucho más que en Flandes —donde el separatismo supera el 40 por cien— pero, al final, el planteamiento reiterado de la hipótesis, ya sea como ficción de tintes verídicos o como posibilidad política, la ha desdramatizado incluso para los valones. Éstos confían en seguir reduciendo el desempleo y recuperarse económicamente, como vienen haciendo en los últimos años, de forma que el elemento financiero de la tensión entre las dos comunidades —siendo una verdad indiscutida que la rica Flandes mantiene a la subsidiada Valonia— desaparezca y el independentismo tal vez se modere. Pero si el separatismo triunfa y la Bélgica bífida se extingue, tampoco los valones lamentarían demasiado dejar de ser el eterno chivo expiatorio de todos los problemas.

Pese a la creciente desconfianza mutua entre las élites y la vida de espaldas que mantienen los integrantes de las dos comunidades, es muy probable que por delante queden muchos compromisos a la belga, que incluyan tal vez ahora una nueva reforma federal, pero que en definitiva prolonguen la historia del país por agónica que parezca. Por lo demás, el hipotético divorcio, que en cualquier caso sería pacífico y sin afectar al bienestar que sigue atrayendo cada año a millares de inmigrantes, podría sólo ser viable si la frontera lingüística fuese realmente nítida y la separación tan fácil como, por ejemplo, la de Checoslovaquia. Así, por un lado, ten-

dríamos a Flandes independiente —o, como alternativa poco plausible, unida a Holanda— y por el otro a Valonia, que podría bien adherirse a Francia —que históricamente ya se ha apropiado de belgas francófonos célebres como Hergé, René Magritte o Jacques Brel— o bien resistir en una Bélgica mutilada junto a Bruselas.

Es precisamente la realidad plurilingüe de la capital del país, que los flamencos consideran también la suya pese a la clara mayoría francesa y el auge allí del inglés o incluso del árabe, lo que complica la disgregación y ayuda a mantener la unidad. Bruselas es hoy día el segundo centro de relaciones internacionales del mundo, después de Nueva York, acogiendo 160 embajadas, más de 2.500 diplomáticos y más de 1.000 ONG.

A algún aficionado a la ingeniería política se le ha ocurrido la posibilidad de un distrito federal europeo como solución compatible con el divorcio belga. Sin embargo, ser la capital de la UE no debería suponer sólo una complicación logística en la hipótesis de la separación, sino sobre todo la afirmación básica del deseo de seguir unidos en la diversidad, de derrotar a los viejos nacionalismos culturales o de mantener la estabilidad y la racionalidad artificial del Derecho sobre una ruptura propulsada por el esencialismo étnico. Mal asunto si ni siquiera es posible conseguir eso en el corazón mismo del proceso de integración. Tal vez la gran Europa se la juega en la pequeña Bélgica.